

La patria soy
yo: el discurso
autobiográfico de
Enrique Loynaz
del Castillo en
*Memorias de la
guerra*

Francisco Zaragoza Zaldívar

Profesor de Literatura Española y
de Literatura Hispanoamericana
en la Universidade Federal do Rio
Grande do Norte (UFRN).

Contacto:

franciscozar@gmail.com

PALABRAS-CLAVE

Enrique Loynaz del Castillo, memorias, autobiografía, Guerra de Independencia de Cuba, Máximo Gómez

RESUMEN

En este artículo se analizan las estrategias de construcción del yo del texto *Memorias de la guerra* (1989), publicación póstuma de Enrique Loynaz del Castillo, general cubano-dominicano de la Guerra de 1895. Se defiende la tesis de que Loynaz del Castillo construye un autorretrato heroico con el fin último de aproximarse a los fundadores de la nación y de exculparse de ciertas críticas que le hizo Máximo Gómez, valiéndose para ello de procedimientos narrativos de la novela romántica y del relato histórico nacionalista. Se constata asimismo que en el texto resulta esencial el establecimiento de fronteras que definan y legitimen la conducta del biografiado, lo cual se logra mediante la representación sesgada de la figura antagonica del traidor.

KEYWORDS

Enrique Loynaz del Castillo, memoir, autobiography, Cuban independence war, Máximo Gómez.

ABSTRACT

In the present paper, we examine the strategies for constructing the self in *Memorias de la guerra* (1989), by the Cuban/Dominican general Enrique Loynaz del Castillo, which was posthumously published. We defend the hypothesis that Loynaz del Castillo offers a heroic self-portrait in order to approach the national founders and excuse himself in relation to certain Máximo Gómez' comments. He uses romantic novel and historiographical narrative techniques and establishes some limits for defining and justifying his character by representing his antagonist in an oblique way.

INTRODUCCIÓN

En 1989 Dulce María Loynaz publica en La Habana las memorias de su padre, el general Enrique Loynaz del Castillo, con el título de *Memorias de la guerra*, tras un arduo esfuerzo de organización de los folios del manuscrito original. Aunque inconcluso, se trata de un texto largo que cubre los años anteriores a la Guerra de Independencia y un período considerable de la propia contienda.

La lectura de este libro resulta interesante y permite plantearse numerosos problemas. Nuestro propósito en este artículo, sin embargo, es bastante circunscrito. Nos proponemos describir las estrategias discursivas de construcción del yo presentes en el libro, estrategias subordinadas a la intención comunicativa del sujeto autobiográfico en su relato, así como los rasgos textuales asociados a aquellas.

Nuestra hipótesis de partida es que Loynaz del Castillo construye una imagen sumamente favorable de sí mismo, un autorretrato heroico, con el propósito de justificar su incorporación al selecto grupo de los fundadores de la nación, o al menos su proximidad a estos con la condición de prócer menor, a la vez que con la intención de exculparse de algunas críticas recibidas por parte del Mayor General Máximo Gómez. Para ello se vale de diversas estrategias, como el establecimiento de una frontera de la conducta a partir del contraste con figuras con las cuales evita ser identificado, como la del traidor. Apela también a numerosos tópicos del discurso nacionalista para legitimarse y dibujar ese retrato favorable, como la idea de abnegación y

sacrificio personal, la premisa de la superioridad moral del patriota, el empleo de símbolos y emblemas distintivos y la deducción del comportamiento y las decisiones personales de las necesidades metafísicas de la patria, etc.

En su discurso, de estilo ampuloso, Loynaz del Castillo confunde deliberadamente lo íntimo y lo público y utiliza ciertas técnicas de la novela romántica y también de la narración histórica nacionalista.

UNA ESTATUA PARA EL GENERAL LOYNAZ

Como quien aspira a un lugar en el panteón de los mártires, a que le levanten una estatua en una plaza pública o a ver su propio nombre en una de las calles de la ciudad donde vive, Enrique Loynaz del Castillo, en *Memorias de la guerra*, construye una imagen heroica y extraordinaria de sí mismo, presentándose alternativamente como conspirador, revolucionario, soldado, estratega y jefe militar, hombre de negocios, aventurero, empresario, inventor, además de educador, orador, periodista y político. El yo que retrata encarna el ideal griego de *areté*, el concepto clásico de hombre virtuoso, en evidente relación con los modelos pedagógicos de su tiempo inspirados en la *paideia*.

En tal sentido, algunos pasajes del libro son verdaderamente curiosos y reveladores. Cuando refiere su estancia en Montecristi, Loynaz cuenta cómo se le despertó la afición por los inventos y expone el plan de construcción de un velero de doble casco que por su descripción recuerda mucho a un moderno catamarán.

Al relatar su experiencia junto a la familia Maceo en Costa Rica, destaca el papel protagónico que desempeñó al salvar al General Antonio Maceo de la tentativa de asesinato organizada por la Legación Española en San José. Cuenta el autor:

Inmediatamente oyéronse voces: “¡A Maceo! ¡Tíradle a Maceo!” Y estallaron de nuevo los disparos; de un lado los españoles y del otro Pepe Boix, Adolfo Peña y yo respondiendo con nuestros revólveres.

Inclinábase el general Maceo a recoger el paraguas –que una bala le había arrebatado– cuando Isidro Incera, que corriendo se le acercó, le disparó por la espalda, hiriéndolo a lo largo de la espina dorsal hasta internarse el plomo en el cuerpo, aparentemente en el pulmón. Vi al General caer en la acera, la mano en la pared: y a Incera metiendo cápsulas en el revólver, que ya tenía agotada la carga, volver sobre sus pasos para rematar al General. Rápido, disparé sobre el agresor, a la frente... Y al caer, le repetí, en la parte posterior de la cabeza, otro disparo (Loynaz Del Castillo, 1989, 96).

No menos dramático que este pasaje es el relato de la batalla de Mal-tiempo, de los combates de Coliseo y de Prendes o del avance, comandado por el autor, de las tropas de infantería mambisas por los pantanos de la Ciénaga de Zapata, región en la que se suceden las escenas de impacto cinematográfico, como el encuentro accidental con un cocodrilo que termina en una turbonada de machetazos o la lectura, por parte del autor, de algunas páginas del *Quijote*, en un ejemplar arrebatado al enemigo, que

le provocan carcajadas abrumadoras de las que resurge la confianza de sus soldados.

Igual de conmovedora resulta la evocación de la figura de José Martí en Nueva York, comparado a Jesús, o de la heroína Luz Noriega, de quien hablaremos más adelante. Afirma Loynaz de Martí:

Al terminar nuestra larga visita ya Martí nos había regalado, con amable dedicatoria, sus últimos libros. En el de *Ramona* había escrito: “A Enrique Loynaz, que amaré, con su alma tierna y fogosa, a mi pobre Alejandro.” Y viendo empolvado mi sobretodo tomó un cepillo y con esmero lo sacudió. Y antes que pudiera impedirlo, ¡había sacudido también el polvo de mis zapatos!... ¡A mí me pareció tener delante la encarnación de Jesucristo! (Loynaz Del Castillo, 1989, 56)

Si tenemos en cuenta el contexto en que Loynaz del Castillo redactó sus memorias (probablemente entre la década del treinta y la del cincuenta¹), es posible pensar, sin embargo, que más que ofrecer un retrato de inspiración clásica, el autor desee presentarse a sí mismo como la síntesis de las virtudes que caracterizan a los dos grandes grupos políticos que ostentaron el poder en Cuba en la primera República, como consecuencia del pacto médico-militar que dio origen a la Guerra de Independencia de 1895 (Camacho, 2006), a saber, los generales y doctores tan vituperados por Carlos Loveira

¹ En el primer capítulo del libro, titulado “El pailebot Galvanic”, se hace referencia al famoso ciclón de 1926. Y la hija de Loynaz, quien se ocupó de hilvanar, seleccionar, organizar y transcribir los papeles originales, señala que el relato de su padre tenía algunas deficiencias estructurales y problemas de repetición que atribuye a la avanzada edad del autor.

en su conocida novela².

Para reforzar la eficacia comunicativa de su texto, Loynaz del Castillo lo articula sirviéndose de numerosos tópicos del discurso nacionalista que ya son moneda corriente en el país que ha ayudado a inventar. Por ejemplo, el capítulo XII de la primera parte del libro, titulado “El armamento introducido en el Camagüey”, tiene como premisa el ideal patriótico de abnegación, desinterés y sacrificio; en otras palabras, la anteposición de los intereses de la nación a los personales. Loynaz, joven empresario, cuenta cómo aprovecha una operación de importación de vagones de tranvía a Camagüey para introducir una partida de fusiles y balas oculta bajo los asientos. Al tomar esta decisión, arriesga “un brillante porvenir económico” (Loynaz Del Castillo, 1989, 63) y se expone a ser deportado o a la pena de muerte. Con este gesto, el autor da por sentado que no hace más que seguir una tradición nacida en la Guerra de los Diez Años de la que habla explícitamente en la primera parte del libro:

Los hombres que iniciaron y sostuvieron, estoicos, la gran Guerra de los Diez Años, fueron los más prominentes, y los más virtuosos, de la sociedad cubana. Todo lo sacrificaron, vidas y haciendas, por la libertad de Cuba. La riqueza, la familia y el hogar; todo lo abandonaron para arrostrar la muerte, a veces sin armas, en los campos de batalla, o –acosados por todos los sufrimientos- caminar sangrantes el Calvario de la República (Loynaz Del Castillo, 1989, 10-11).

² Carlos Loveira (1882- 1928), *Generales y doctores* (1920).

Podemos inferir en el proceso de lectura que Loynaz se ve a sí mismo igual a esos hombres.

También es un tópico frecuente del discurso nacionalista la caracterización de la lucha emancipadora como una epopeya y la representación sacralizada de sus protagonistas y líderes, vistos como héroes venerables y gloriosos. Loynaz se vale de este recurso reiteradamente al referirse a Ignacio Agramonte, Carlos Manuel de Céspedes, Salvador Cisneros Betancourt, José Martí, Antonio Maceo y Máximo Gómez, a quien, a pesar de todo, critica, por motivos que enseguida veremos.

El general Loynaz, sin embargo, no se conforma en sus memorias con el rol de criatura patriótica. También aspira a verse como fundador de naciones, como prócer de la patria, como creador, razón por la cual le otorga especial relevancia a su papel en la autoría del Himno Invasor del Ejército Independentista, una marcha con la cual cualquier cubano está familiarizado. Así, es mucho más que un usuario de los emblemas de identidad con los que los miembros de la comunidad nacional se distinguen y reconocen: es quien los crea, a la misma altura de un Narciso López³ o de un Perucho Figueredo⁴.

Por último, vale la pena señalar otro tópico del discurso nacionalista también presente en el libro. Se trata de la caracterización negativa del traidor, más peyorativa incluso que la del enemigo. Sabemos que uno de

3 Narciso López (1796-1851). Militar y político venezolano. Fue una de las principales figuras de la política anexionista norteamericana hacia Cuba. Encargó el diseño de la Bandera y del Escudo Nacional de Cuba a Miguel Teurbe Tolón.

4 Pedro Felipe Figueredo y Cisneros (1818-1870), también conocido como Perucho, fue un revolucionario cubano, autor del famoso *Himno de Bayamo*.

los rasgos fundamentales del pensamiento nacionalista es la atribución y el ejercicio del derecho a excluir. El traidor, el miembro de la comunidad que sirve a los intereses del enemigo, se considera más execrable que el propio adversario contra el cual se define y construye la identidad nacional. Por ello debe ser apartado de su grupo y eliminado.

En *Memorias de la guerra* se refieren varios actos de traición de cierta envergadura: la traición de Emilio Luaces, hombre en quien Martí deposita su confianza y que sin embargo denuncia ante las autoridades españolas la introducción de armas en Camagüey en los vagones de tranvía importados por Loynaz; la traidora indiscreción del coronel Fernando López de Queralta, que conduce al desastre del Plan de la Fernandina organizado por Martí; la abrupta y misteriosa traición de Masó Parra⁵.

En el texto de Loynaz del Castillo, sin embargo, la traición es mucho más que una idea estereotipada y recurrente del pensamiento nacionalista usada como mero apoyo intelectual. En la práctica, la figura del traidor, con la cual el sujeto autobiográfico evita ser identificado, sirve para definir un límite, una frontera de la conducta, legitimando por contraste el comportamiento del narrador. El traidor representa todo aquello que el sujeto autobiográfico se niega a ser: cobarde, deleznable, pusilánime, irresponsable, indisciplinado, entreguista, desertor.

¿Qué motiva este interés específico de Loynaz del Castillo en evitar ser juzgado como se juzga a los traidores? La respuesta la encontramos en la última parte de sus memorias, sobre todo en el punto donde el autor

⁵ Juan Masó Parra, Coronel del Ejército Libertador, participó en las guerras de independencia en Cuba.

interrumpe la redacción del texto y lo deja inconcluso. Resulta que el Jefe del Ejército Libertador, el Mayor General Máximo Gómez, en su Diario de Campaña, le reprocha a los generales Quintín Banderas y José María Rodríguez (Mayía Rodríguez), este último superior inmediato de Loynaz, así como al propio Loynaz del Castillo, entonces con grados de teniente coronel, la falta de iniciativa y denuedo en las operaciones en la región occidental de la isla y el relajamiento de la disciplina y la moral combativa, agravada por el hecho de hacerse acompañar por mujeres que los distraen de sus faenas militares. Gómez llega a consignar lo siguiente en su diario: “Noticias fatales de Quintín Banderas, José María Rodríguez y Enrique Loynaz sobre asuntos de querindangas” (2014, 543).

Considerando el peso que la opinión de Máximo Gómez tenía para sus contemporáneos y para la propia posteridad, es fácil comprender que Loynaz del Castillo procure defenderse y justificarse. Aunque respetuoso, el retrato que Loynaz realiza de Gómez es bastante crítico; lo presenta como un anciano temperamental y malhumorado que se deja influenciar por la maledicencia y los chismes de quienes lo rodean y toma decisiones infelices que ofenden el decoro de sus subalternos. Ejemplo extremo de estas decisiones desafortunadas es el castigo que Gómez le impone al comandante Villa, narrado en la quinta parte del libro. Se trata nada menos que del cepo de campaña, una verdadera vejación para los miembros de la oficialidad.

Estas cautelas de Loynaz no parecen exageradas. Loynaz, quien se recuperaba de un paludismo con la autorización de Gómez, se reincorpora a la campaña poco después de recibir una visita de Masó Parra, uniéndose

por un tiempo a las tropas de este último. Más adelante Masó Parra deserta. Loynaz, como si quisiera atajar cualquier posible asociación negativa de su nombre y de su persona con la de Parra, fustiga al traidor en sus memorias, estableciendo una diferencia marcada entre su conducta y la de aquel. Necesita anular las eventuales opiniones negativas a las que pueda dar lugar la observación de Gómez en su diario. Tanto es así, que Loynaz no vacila en desmentir y poner en tela de juicio al Mayor General.

Realizando un recuento minucioso de sus acciones en campo, Loynaz del Castillo llega a cometer la temeridad de afirmar que mientras él había entablado tres combates en un día durante la campaña de invasión en la región de Matanzas en 1897, Gómez se había pasado tres meses sin dirigir una sola batalla desde su Estado Mayor. El libro *Memorias de la guerra*, en suma, además de relato biográfico e histórico, también pretende ser una exculpación:

Le rogué le entregara al General en Jefe la siguiente carta, con la que finalizo mi exculpación de la infundada versión recogida en esas páginas infortunadas del *Diario de Campaña...* (Loynaz Del Castillo, 1989, 509).

Como ya hemos dicho, Loynaz del Castillo era un hombre culto que ejerció como periodista y maestro y tenía dotes de orador. Por esta razón, no sorprende que (tal y como la hija revela en la introducción del libro, al explicar su labor en la organización y transcripción de los manuscritos originales) realizara diferentes bosquejos y versiones de sus memorias y que, por lo tanto, contara seguramente con una suerte de plan general para la realización de la obra.

Dos géneros se yuxtaponen y se destacan en la estructura global del texto. De un lado, la novela de tradición romántica, de cuyos procedimientos melodramáticos abundan ejemplos en el libro. Del otro, la narración histórica de cuño nacionalista.

Veamos algunos ejemplos de los procedimientos novelísticos empleados por Loynaz. En el primer capítulo, donde se describe el pailebot “Galvanic”, el capitán del barco enfrenta un temporal bajo la mirada de una jovencita.

En lo alto, sobre la escala del obenque, acechando entre las olas del horizonte la espumosa línea de traidora rompiente, impertérrito bajo los chorros de la lluvia, a la luz de los relámpagos, lo vieron desde el ventanillo de la cámara unos ojos angustiados... Juanita, la linda hija de don Martín del Castillo, contemplaba por primera vez un héroe... (Loynaz Del Castillo, 1989, 8).

Poco después, en el relato, este capitán heroico pedirá la mano de la joven que lo admira para convertirla en su esposa. Los personajes descritos no son otros que los padres del propio biografiado.

En el pasaje arriba mencionado de la introducción de las armas en Camagüey, Loynaz del Castillo, repitiendo el gesto romántico de Bolívar en el Monte Sacro, jura ante la Estatua de la Libertad de Nueva York dedicar su vida a la causa de la independencia cubana.

Mas nada existe tan tenaz como la pasión romántica por la libertad. Al contemplar en el estuario del Hudson la majestuosa diosa de bronce, cuya

cimera antorcha ilumina el mundo, con el espíritu de rodillas y palpitante el corazón, afirmé la ofrenda de mi vida a la Independencia y la Libertad de Cuba (Loynaz Del Castillo, 1989, 63).

Hay otras escenas de similar carácter novelesco, como la lacrimosa despedida de la novia dominicana, de la que el narrador se aleja para dedicarse a la causa de la Revolución, o la fuga en barco desde un cayo de Camagüey con la ayuda de un grupo de bandoleros, en la que se sienten ecos de Dumas y Salgari. Creo, sin embargo, que ninguna historia del libro es tan melodramática y conmovedora como la de la heroína Luz Noriega, quien se expone a todo tipo de penurias materiales y morales durante la contienda y tiene que observar, impotente y amarrada, cómo los guerrilleros le asesinan al marido a machetazos, hasta que más tarde, ya en la Cuba libre, vencida por el sufrimiento de años y por el dolor reciente de haber sido abandonada por un nuevo amor, comete suicidio en la habitación de un hotel de provincias.

Pero además de novela romántica, las memorias de Loynaz son también un compendio, un tratado, una narración histórica que pretende restablecer objetivamente los hechos que preceden y que tienen lugar durante la Guerra de Independencia, así como ofrecer una valoración del papel de los principales actores implicados. Por tal razón, Loynaz del Castillo cita con profusión todo tipo de documentos, como cartas y relatos ajenos, artículos de prensa, manifiestos políticos, declaraciones del Presidente de los Estados Unidos, las bases del Partido Revolucionario Cubano de José Martí, la

Constitución de Jimaguayú (escrita por el puño y letra del propio autor en un pergamino conservado en el Archivo Nacional), fragmentos de diarios y de memorias de otros combatientes, con el fin de cotejar y complementar sus puntos de vista o de brindar información sobre hechos de gran interés histórico que no presencié, como la muerte en combate de Antonio Maceo⁶.

De la yuxtaposición de estos dos géneros se deriva por fuerza una singular confusión entre la esfera íntima y la pública que no parece casual, sino deliberada. Loynaz del Castillo propone, como tantos memorialistas hispanoamericanos antes que él en el siglo XIX, que su historia personal y familiar constituye una zona básica de la historia de su patria.

Numerosos detalles refuerzan esta tesis. Loynaz del Castillo insiste desde el principio del libro en su pertenencia al patriciado camagüeyano: su padre y su tío tuvieron un papel decisivo en el inicio de la Guerra de los Diez Años; además son primos de Ignacio Agramonte. Dicho de otra manera, el autor tiene vínculos de sangre con uno de los más importantes fundadores de la nación, forma parte de un linaje ilustre.

Por otra parte, repetidamente vemos en *Memorias de la guerra* que Loynaz del Castillo duerme bajo el mismo techo y come en la misma mesa de Máximo Gómez, José Martí y Antonio Maceo. O sea, comparte la vida privada de los tres artífices y paladines de la Independencia. Antonio Maceo le pide incluso que convenza a su hermano José a casarse y que sea su padrino de bodas, pues Enrique y José tienen una sólida relación de camaradería y

⁶ A tal punto son significativas las memorias de Loynaz como documento histórico, que en el segundo tomo de la *Historia de Cuba* organizada por el colectivo de autores del Instituto de Historia de Cuba (1996), su libro es citado entre las fuentes.

confianza. Asimismo, como ya se vio, la intervención de Loynaz resultó capital para salvarle la vida a Maceo en Costa Rica y por lo tanto para el futuro de la Guerra de Independencia y del país.

Por si no bastara, según se ha señalado antes, Loynaz del Castillo es el autor del Himno Invasor y el hombre que transcribe la Constitución en cuyo preámbulo los grupos político-militares insurgentes declaran al mundo la independencia de Cuba. O sea, que no hay dudas de que el General se cuenta entre los protagonistas de la gesta.

CONCLUSIONES

A estas alturas, solo nos resta preguntarnos: ¿por qué no terminó Enrique Loynaz del Castillo sus memorias? ¿Por qué no llega hasta el fin de la guerra en su relato? Dulce María Loynaz, la hija, deja entrever en la explicación que precede al texto de su padre que quizás este se sintiera cansado, que la fatiga de los años le impidiese finalizar la labor.

En mi opinión, sin embargo, tal vez haya otro motivo. Como el orden del relato en el libro es natural, es decir, sigue la secuencia cronológica de los acontecimientos que conforman la historia de vida del narrador -en la medida en que, como muestra Bourdieu en “La ilusión biográfica” (1997), tal naturalidad exista o sea posible-, y se extiende desde la infancia del autor hasta la vida adulta y la época de sus acciones en la guerra, da la impresión de que Loynaz del Castillo solo tomara conciencia repentina y tardíamente, al cabo de muchos años de trabajo, después de avanzar en la redacción de

un manuscrito que, impreso, suma casi 500 páginas de letras apretadas y menudas, de ciertas contradicciones que afectan su discurso.

¿Qué contradicciones son estas? Pues, por un lado, la contradicción existente entre los dos fines principales del texto, que consisten en presentar un retrato favorable de sí mismo, retrato que lo sitúe a la altura mítica de Martí, Maceo y Gómez, y al mismo tiempo en defenderse de las acusaciones de Gómez, lo cual lleva a Loynaz a criticar al Mayor General y a desacralizarlo. Por otro lado, la contradicción entre los medios: si los recursos melodramáticos empleados por Loynaz le dan a estas memorias una expresividad, un poder emotivo y persuasivo en ocasiones notable, neutralizan tales efectos los métodos de investigación histórica a los que el autor recurre, métodos de carácter polifónico y objetivo, basados en la pluralidad de fuentes de información y de puntos de vista sobre un mismo fenómeno. Más que complementarse, los medios apuntados se anulan mutuamente, haciendo desigual al libro, o más bien convirtiéndolo en dos libros yuxtapuestos.

Aun así, no deja de ser sumamente interesante su lectura, y menos en un país donde el discurso histórico oficial monopolizó y mitificó a tal punto, con fines políticos, el relato del pasado, que los episodios más significativos de la vida nacional, como la Guerra de Independencia, llegan a parecer obra de meros fantasmas.

A pesar de la ampulosidad de su estilo, a pesar de lo tendencioso que pueda ser su relato, las memorias de Loynaz tienen el mérito de hacer que esos fantasmas, rostros estampados en el papel moneda, estatuas, nombres

de calles capitalinas y de parques de provincia, cobren vida otra vez como seres de carne y hueso, sencillos, grandiosos, soberbios, patéticos, trágicos, ridículos; humanos, en fin, como nosotros mismos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bourdieu, Pierre. *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama, 1997.
- Camacho, Jorge. “Genealogías del poder: Carlos Loveira y el pacto médico-militar en la República”. *A contracorriente*. Vol. 3. Núm. 2. Invierno 2006. pp. 73-87.
- Gómez, Máximo. *Diario de campaña del Mayor General Máximo Gómez*. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2014 (Edición original: Habana: Ceiba del Agua, Comisión del Archivo de Máximo Gómez, 1941.)
- Loynaz del Castillo, Enrique. *Memorias de la guerra*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1989.
- VV.AA. *Historia de Cuba. Las luchas por la independencia nacional y las transformaciones estructurales*. La Habana: Editora Política, 1996.

